

iglesia el régimen presbiteriano. Una comisión especial fue encargada de examinar lo que era preciso hacer para este fin, y en que tiempo, que lugar, y en que forma convendría tratar. No faltó quien preguntara si incontinenti debería dirigirse el rey á Windsor; y á propuesta de la municipalidad, los lores votaron que las conferencias se debían abrir en Londres. El 30 de junio finalmente, la votación que había prohibido todo trato con el rey fue oficialmente revocada, y tres días después una razonada moción se presentó á la cámara baja á fin de que se le ofreciese sin dilación un nuevo tratado.

Los independientes habían de tal suerte recobrado su confianza, que orgullosos por los triunfos de sus soldados, desecharon violentamente la moción. «En ningún tiempo, en ningún lugar, dijo Scott, no conviene tratar con un príncipe tan pérfido y tan vengativo; siempre será ó demasiado pronto, ó demasiado tarde. Todos los que han sacado la espada contra el rey deben quemar la vaina; toda paz con él sería ruinosa para la gente de bien.» Los presbiterianos no tomaron la defensa del rey, pero se levantaron contra aquella pretendida gente de bien, á quien en efecto debía arruinar la paz, puesto que la guerra hacía su fortuna. «El pueblo, dijeron ellos, á quien la guerra ha arruinado, no quiere servir más de pasto á ese fuego en el que solo se alimentan estas salamandras; no quiere alimentar con la médula de sus huesos y con su sangre esa monstruosa sanguijuela que se llama ejército, y que solo podía tolerarse cuando estaba dispuesta á servirle.» Se preguntó en qué lugar se abrirían las negociaciones: los presbiterianos querían que se verificara en Londres, ó algún castillo inmediato: los independientes en la isla de Wight, donde Carlos estaba en su poder. «Si tratáis en medio de Londres, decía Scott, ¿quién os garantiza que la población no haga ella misma la paz con este sañudo rey, entregando vuestras cabezas en sacrificio, como los Samaritanos entregaron los setenta hijos de Achab? Si el rey se establece en algún castillo inmediato ¿qué seguridad os puede dar su palabra de permanecer en él todo el tiempo de las negociaciones? El rey ha sido veinte veces perjuro; no debéis confiar en él.»

Muchos se levantaron, entre otros Vane, en apoyo de esta aserción. «Yo soy, dijo, después Simon de Ewes, de muy contrario parecer; creo no solamente que la cámara debe confiar en el rey, sino que hasta debe hacerlo. Por si acaso el señor presidente ignora cual sea el verdadero estado de vuestra situación, se me permitirá que la describa en breves palabras: vuestros recursos pecuniarios tocan á su término; el oro ha

desaparecido por completo; vuestra marina está insurreccionada, vuestra autoridad ha caído en desprecio; vuestros amigos los escoceses están á punto de revolverse furiosamente contra vosotros y por último ya no podeis contar con las simpatías de la capital, ni del reino; os doy tiempo



MIDDLETON.

para pensar si estais seguros, y si debéis probarlo todo para salir con honor.» Los independientes volvieron á gritar; pero muchos miembros, ajenos de pasiones personales y acostumbrados á dirigirse según el tiempo y las circunstancias hácia uno ú otro lado, aprobaron en silencio las palabras de Simon; se votó que era necesario tratar: solamente la



cámara persistió, contra la voluntad de los lores en exigir del rey la adopción de los tres bills, y nada se convino acerca del lugar en que se abrirían las negociaciones.

Se discutía con el consejo municipal como se podrían verificar en Londres, sin peligrar el rey ni el parlamento, cuando llegó la noticia de que los escoceses acababan de entrar en el reino (8 julio) y que Lamberto iba retirándose de ellos. A pesar de las amenazas de Argyle y de las fogosas peroratas de una parte del clero, Hamilton llegó por fin á poner en marcha un ejército. Lejos se hallaba de corresponder á las primeras proposiciones del parlamento; pues en vez de 40,000 hombres, apenas contaba 14,000; la corte de Francia había prometido municiones y armas y nada se había recibido; el príncipe de Gales debía pasar á Escocia para tomar el mando, y se quedó en Holanda; los caballeros Langdale y Musgrave no se habían reunido á sus aliados, porque rehusaron jurar el pacto, y Hamilton no habría podido sin perderse con su propio partido mezclar sus soldados con semejantes infieles; formaban pues un cuerpo separado, que parecía obrar solo por su cuenta, y que siempre se mantenía alejado de los escoceses. Finalmente los preparativos de Hamilton, contrariados por tantos obstáculos, no estaban terminados, ni estaban completos sus regimientos, ni en buen estado su artillería, cuando la prematura esplosión de la insurrección realista en Inglaterra vino á obligarle á apresurar su marcha: salió de Escocia mal provisto, inquieto, perseguido por las invectivas de una infinidad de fanáticos que profetizaban la ruina de un ejército, empleado, decían ellos, en poner en posesión de sus derechos al rey antes que á Cristo.

No menos conmovió á la Inglaterra la noticia de la invasión: nada parecía poderse oponer: Fairfax estaba aun detenido delante Colchester y Cromwell en Pembroke; de manera que apenas comprimida la insurrección podía estallar de nuevo. Sumamente embarazados estaban los presbiterianos; el mismo pueblo, aunque bien dispuesto para con ellos, había recobrado su antigua aversión á los escoceses, hablaba de ellos con insulto, se acordaba de que habían de antemano vendido el rey que querían ahora librar y por lo tanto quería que antes de todo se arrojase del reino á aquellos ambiciosos y falsos contrarios. La cámara baja los declaró enemigos públicos, y traidor al que los había llamado; noventa diputados se opusieron á semejante determinación pero sin calor ni ánimo: se llevó á la cámara alta. Los lores votaron que era necesario apresurar las negociaciones con el rey, y esta vez obtuvieron los presbiteria-

nos de la cámara baja que no insistiría en los tres bills que había querido presentar como preliminar de todo tratado. Sin inquietarse por estas vicisitudes de la fortuna mudable entre los partidos, la junta de Derby-house, siempre en poder de los independientes, enviaba á Lamberto dinero y refuerzos, mandaba á Cromwell que dirigiese al Norte todas las tropas de que podía disponer, y se pusiera al frente así que pudiera hacerlo; los mismos jefes republicanos humillaban su desconfianza ante su talento, le escribían bajo mano que nada temiese, que obrase con vigor, y contase con ellos, cualquiera que fuese su opinión.

Cromwell no había esperado para obrar ni órdenes, ni promesas: un mes hacía que, informado quizá por Argyle del estado y movimientos del ejército escocés, había mandado á Lamberto irse retirando así que apareciesen, evitando toda acción, pues pronto estaría él allí para sostenerle. El castillo de Pembroke capituló efectivamente tres días después de la invasión; y al otro día partió Cromwell á la cabeza de 5 ó 6,000 hombres, mal calzados, mal vestidos, pero orgullosos por sus triunfos, irritados por los peligros, confiados en su jefe, desdeñando á sus enemigos, deseosos de pelear y seguros de la victoria: «Enviadme zapatos para mis pobres fatigados soldados, escribía á la junta de Derby-house; pues han de hacer una larga marcha.»

Pasó en efecto al instante del Oeste al Este, y desde luego del Sur al Norte; cruzando con inaudita rapidez toda la Inglaterra, sembrando protestas por todo el camino, aplicándose únicamente á disipar dudas y sospechas y ganarse el corazón de los más fanáticos, y la simpatía de los soldados. A los trece días de marcha, su caballería, que había enviado adelante se había ya reunido á la de Lamberto, y por último ambos cuerpos de ejército se incorporaron el 7 de agosto, en Knaresborough, en el condado de York, componiendo una totalidad de 9 á 10,000 hombres. Ya se habían adelantado los escoceses por el camino del Oeste, atravesando los condados de Cumberland, Westmoreland y Lancaster; pero vacilando, haciendo largas paradas, diseminados en una línea de siete ú ocho leguas, turbados por disensiones religiosas, políticas y militares, y en completa ignorancia de los deseos y movimientos enemigos. De repente Langdale, que marchaba con los insurgentes ingleses en la izquierda de la vanguardia, hizo decir á Hamilton que Cromwell se acercaba y que sabía de cierto que su intención era empeñar el combate: «Imposible, respondió el duque, no tiene tiempo de haber llegado; si Cromwell está tan cerca será con muy poca fuerza, no hay temor de que nos ataque.»



Llevó su cuartel general á Preston. No tardó en recibir nuevas confidencias : la caballería de Langdale había tenido ya un encuentro con la de Cromwell ; Langdale prometía mantenerse firme, su posición era buena, su gente estaba muy animada : solo le faltaba algún refuerzo, mil hombres á lo menos, y prometía dar á todo el ejército tiempo de reunirse para derrotar al enemigo. Hamilton prometió el refuerzo : Langdale se batió cuatro horas ; según el mismo decía, jamás Cromwell había sufrido tan obstinada resistencia. Pero no llegó ningún socorro : fue preciso ceder ; dejando huir en libertad á los ingleses vencidos, Cromwell marchó en derechura á los escoceses que pasaban apresuradamente el río Ribble, para poner entre ellos aquel obstáculo : ya la mayor parte de los regimientos estaban en la ribera izquierda ; dos brigadas de infantería y el mismo Hamilton con algunos escuadrones quedaron en la derecha para cubrir la retirada ; Cromwell los arrolló al momento, pasó el río con ellos, y dando apenas á sus tropas un momento de descanso, emprendió al otro día al amanecer la persecución de aquel ejército, que siempre marchando hacia el Sur, continuaba retirándose de su movimiento de invasión. Le alcanzó el mismo día en Wigan y dispersó completamente la retaguardia.

El orgullo por las dos victorias, la esperanza de un triunfo decisivo, la misma impaciencia del cansancio, redoblaban á cada hora el ardor de sus soldados ; la persecución empezó al otro día mas activa y mas ardorosa aun que el anterior. Irritados á su vez de verse de aquella suerte perseguidos por un enemigo inferior, y hallando cerca Warrington un ventajoso desfiladero, dieron frente los escoceses y allí se trabó una tercera batalla, mas reñida y mortífera que las dos precedentes, pero con el mismo éxito. Los ingleses ocuparon el desfiladero, y después, en Warrington mismo se apoderaron de un puente sobre el Mersey que querían los escoceses cortar para poder respirar un momento. Tumultuoso desaliento se introdujo en el ejército escocés : un consejo de guerra reconoció que sin municiones la infantería no podía resistir, y se rindió toda. Hamilton al frente de la caballería, procuró llegar al país de Gales para reanimar la insurrección realista ; pero luego cambiando repentinamente de plan, se dirigió hacia el Norte con la esperanza de poder entrar de nuevo en Escocia.

Por doquier donde pasaba se levantaban contra él los paisanos, y los magistrados le pedían que capitulase ; en Utoxeter, condado de Straf-ford, al rumor de que meditaba escapar con algunos oficiales, su misma

caballería se amotinó, ya Lamberto y lord Grey de Grooby, destacados en su persecución, estaban cerca de alcanzarle : demasiado débil su corazón para sufrir tal revés de fortuna, dejó á sus soldados huir por donde quisieron y él mismo aceptó las condiciones que quiso Lamberto ofrecerle ; fue enviado prisionero al castillo de Nottingham ; y con quince días de campaña, no viendo Cromwell en toda la Inglaterra ni restos siquiera del ejército escocés, se puso en marcha para la Escocia, para invadirla á su vez, y quitar de este modo á los presbiterianos todo medio de obrar y de salvación.

Con todo, cuanto mayor es el peligro, los partidos lejos de abatirse, se exaltan y obran con mayor energía. Antes que estas grandes novedades llegasen á Westminster, desde que vieron á Cromwell en movimiento contra los escoceses, los presbiterianos comprendieron que del resultado próspero ó adverso de esta campaña dependía su ruina ó su salvación : dirigieron por lo tanto hacia uno y otro fin sus mayores esfuerzos. Hollis que á pesar del llamamiento de los once miembros, seguía viviendo en Francia, por la parte de Normandía, vino á ocupar otra vez su asiento en la cámara. Huntington, simple mayor en el regimiento de Cromwell, denunció públicamente en una memoria dirigida á la cámara alta las intrigas del teniente general, sus promesas al rey, sus perfidias, la audacia de su ambición, el desprecio con que miraba á las cámaras, leyes, deberes y derechos comunes de los hombres, y sus perniciosos principios y amenazadores designios, que unas veces se descubrían al través de su hipocresía, y otras se manifestaban abiertamente en sus conversaciones familiares.

Los lores mandaron leer aquella memoria, y Huntington lo afirmó con juramento. Se propuso presentarla también á la otra cámara, pero tal terror infundía el nombre de Cromwell que nadie quiso presentarla. La envió envuelta y cerrada al presidente, pero este no dió cuenta á la cámara ; probó de remitirla al ugier, y rehusó recibirla. Los lores en vista de esto la transmitieron oficialmente ; lord Wharton el mas íntimo confidente de Cromwell, siguió á los enviados, hizo advertir al presidente del motivo de su mensaje, y no fueron introducidos. Los independientes gritaban con indignación : era, decían ellos, una criminal felonía atacar de esta manera á un ausente que quizás en aquella hora estaba librando á su país de invasión extranjera ; muchos presbiterianos se acallaron con este argumento. Era preciso pues renunciar á la esperanza de arruinar de este modo al teniente general, y Huntington tuvo que contentarse con mandar imprimir sus asertos.



Los pasos dirigidos á obtener la paz tuvieron mejor éxito; en vano los jefes independientes, sobre todo Vane y Saint-John, se valian de todos sus artificios para diferir los debates; en vano otros mas groseros, Scott, Venn, Harvey y Weaner, se entregaban en contra de sus adversarios á los mas fogosos actos; sus mismas violencias, los progresos de la anarquía, la arrogancia de los soldados, el imperioso tono de las proclamas y las peticiones aunque pacíficas, demostraban á la cámara su propia decadencia: todo hacia desear la paz escepto entre los que estaban del todo entregados al encono de las facciones. «Señor presidente, dijo un día Rudyard, á fuerza de estar sentados aquí, hemos llegado á una hermosa situacion; el reino entero se ha constituido en parlamento; el ejército nos ha enseñado por mucho tiempo lo que debíamos hacer, y todavía pretende seguir enseñándonos; la capital, la provincia, los oficiales reformados, nos vienen á revelar cada día la conducta que deberíamos seguir: ¿y por qué? Porque nosotros mismos no lo sabemos.» La mayor parte de los diputados se adhirieron á la opinion de que solo la paz los podia librar de tan vergonzoso estado. Resolvióse en fin la cámara, se votó que se abririan inmediatamente nuevas negociaciones con el rey; se aprobó para hacer callar á los independientes que tendria lugar en la misma isla de Wight, y se nombraron tres comisionados para proponérselo formalmente al rey, preguntándole en que lugar de la isla queria permanecer durante el tratado, y que consejeros deseaba tener á su lado.

Los independientes no se engañaron; esto era un irrevocable desastre. Sintiendo cercana la crisis, y mas asustados por el triunfo que por sus amenazas, la mayoría se pasaba decididamente á sus enemigos. Ludlow se dirigió inmediatamente al cuartel general siempre situado delante de Colchester: «Se trata, dijo á Fairfax, de hacer traicion á la causa por la que tanta sangre se ha derramado; se quiere hacer la paz á todo precio; el rey en su estado de prisionero no se juzgará obligado por lo que prometa; los mismos que mas acceden á la proposicion serán los que menos se cuidarán de su cumplimiento; emplear su nombre y autoridad en destruir el ejército, este es solo su objeto: el ejército ha conquistado el poder, es preciso que se sirva de él para impedir su propia ruina y la del reino.» Fairfax convino en que decia verdad, protestó que en caso de necesidad estaria pronto á desplegar por la salvacion de la causa pública la fuerza que tenia á mano: «Pero es preciso, dijo, que á mí se me invite positiva y claramente; y en cuanto al presente yo no me puedo dispensar de activar sin descanso este desgraciado sitio que dura

todavía á pesar de nuestros esfuerzos.» Ludlow fué al encuentro de Ireton, á quien Cromwell al marchar habia tenido cuidado de dejar cerca del general y del que se prometia mas ardor: «El instante no ha llegado aun, le dijo Ireton, es preciso dejar pasar adelante el negocio, y que se haga evidente el peligro.»

En falta del ejército los republicanos hicieron llegar á Westminster amenazadoras peticiones, una entre otras redactada por Henry Martyn, que proclamando todos los principios del partido, instigaba á la cámara baja á instituirse en poder soberano, y corresponder en fin á las esperanzas del pueblo dándole todas las reformas que se le habian prometido cuando tomó las armas por el parlamento. La cámara nada respondió: dos dias despues llegó una segunda peticion, quejándose amargamente de aquel desden: esta vez los peticionarios reunidos, esperaban á la puerta gritando con cólera: «¿Para qué queremos rey y lores? Todo esto no es mas que invenciones humanas; Dios nos ha hecho á todos iguales; millares de valientes derramarán su sangre por estos principios; somos ya 40,000 que hemos firmado esta peticion, pero 5,000 caballos valdrian mucho mas.» Al mismo tiempo algunos miembros, Scott, Blackiston, Weaver, salieron de la sala, y se mezclaron familiarmente con la multitud animándola en su griteria. La cámara persistió en su silencio; cuanto mas firme se mostraba ella, con mas pasion se precipitaba el partido hácia sus últimos deseos, y cinco dias despues de este suceso Henry Martyn partió inmediatamente para Escocia, donde acababa de entrar Cromwell.

Al mismo tiempo marcharon para la isla de Wight quince comisionados cinco lores y diez miembros de la cámara baja, todos, escepto Vane y quizá lord Say, amigos de la paz. Jamás ninguna negociacion habia citado tanto interés; debia durar cuarenta dias; el rey la debia aceptar dando su palabra de que durante este tiempo y veinte dias despues no haria ninguna tentativa para escaparse. Veinte de sus mas antiguos servidores, grandes señores, teólogos y jurisconsultos, habian sido admitidos para ayudarle con sus consejos; habia tambien pedido y obtuvo que una parte de su familia y servicio, pajes, secretarios, chambelanes, escuderos y criados de á pié y á caballo, se le reuniesen en esta ocasion. De esta suerte á la llegada de los comisionados á la pequeña ciudad de Newport, fue tal el número de los forasteros, que trascurrieron tres dias, antes que todos encontrasen habitacion. Mientras esperaban, los comisionados pasaban cada mañana á la morada del rey mostrándose respetuosos, al par



que reservados y sin atreverse ninguno á sostener una conversacion particular. La mayor parte se desquitaban hablando con sus consejeros haciéndole de este modo saber sus deseos, exhortándole sobre todo á aceptar prontamente y sin debate las proposiciones del parlamento; porque, decian ellos, todo se ha perdido si la negociacion no está concluida y el rey de vuelta en Lóndres, antes que el ejército y Cromwell tengan tiempo de volver.

Cárlos creia sinceros al parecer sus consejos y se demostraba inclinado á decidirse; pero en el fondo de su corazon alimentaba muy diferente esperanza: Ormond, seis meses hacia refugiado en Paris, estaba preparado para volver á parecer en Irlanda, provisto de dinero y municiones, que la córte de Francia le habia prometido; debia á su llegada y de concierto con lord Inchiquin, concluir la paz con los católicos, declarar al parlamento una guerra vigorosa, y el rey fugándose entonces encontraría un reino y un ejército: «Estas nuevas negociaciones; escribia él á sir William Hopkins, encargado de preparar su fuga, serán un objeto de risa como las otras; nada ha mudado con respecto á mis designios.

Las conferencias se abrieron oficialmente el 18 de setiembre, situado el rey bajo de un dosel al último de la sala; delante de él á poca distancia los comisionados de Westminster, sentados alrededor de una mesa; detrás de su sillón, sus consejeros, muy cerca y silenciosos; porque era el rey en persona con quien queria tratar el parlamento; todo intermedio le parecia poco para su dignidad; y en su puntual sumision, los comisionados á duras penas permitieron la presencia de algunos testigos. Cárlos únicamente era quien sostenia la discusion; si lo necesitaba, solo podia ir al aposento vecino, é informarse con sus consejeros. Al ver de aquella suerte á su rey abandonado á sí mismo, una secreta compasion ocupó los corazones de los circunstantes. Los cabellos de Cárlos se habian ya encanecido, la tristeza habitual de sus facciones se unia á la altivez de sus miradas; su ademan, su voz, todo su ser demostraba un corazon altanero pero vencido, tan capaz de luchar contra su suerte, como de humillarse, manifestando una singular mezcla de grandeza sin energia, y de presuncion sin esperanza.

Las proposiciones del parlamento siempre las mismas, escepto algunas poco importantes modificaciones, fueron leidas y examinadas sucesivamente. Cárlos se prestó voluntariamente á su discusion; manifestándose sosegado respondiendo á todo, no enfadándose por ninguna resistencia, hábil en manejar todos los ardides de su causa, llegó á causar admiracion

con la firmeza de su ánimo, su dulzura, y su inteligencia en negocios y leyes del reino, á sus mas firmes contrarios: «El rey, dijo un dia el conde de Salisbury á sir Felipe Warwik, ha hecho maravillosos progresos.—No, milord, respondió Warwik; el rey ha sido siempre lo que es en el dia, pero vuestra señoría lo ha observado muy tarde.» Bulkley, uno de los comisionados de la cámara baja, le instaba á aceptarlo todo asegurándole que «una vez concluido el tratado no seria capaz el diablo de romperlo.—¿Caballero, le dijo Cárlos, á esto llamais un tratado? Tened presente, y perdonad que os la cite, aquella disputa de teatro en la que uno de los campeones al salir dice: Ha habido y no ha habido combate, porque se han dado tres golpes y yo los he recibido. Esto es precisamente lo que me sucede, porque admito la mayor parte de las proposiciones; son muy pocas las que desecho, y sin embargo, vosotros nada me concedeis.»

Efectivamente se habia resignado á consentir sobre el mando del ejército de mar y tierra, y el nombramiento de los mayores empleos, sobre la Irlanda, la legitimidad de la resistencia que habia ocasionado la guerra civil, y las demandas del parlamento; pero en vez de ceder de un solo golpe disputaba palmo á palmo el terreno que no podia defender, ya haciendo á la cámara proposiciones diferentes, ya procurando eludir sus propias concesiones, obstinado en sostener su derecho al mismo tiempo que renunciaba á él: inagotable en sutilezas y reticencias daba cada dia á sus adversarios algun nuevo motivo de pensar que la sola necesidad era su única garantía. Obstinábase por otra parte, tanto por su conciencia como por su poder, en rehusar la abolicion de los obispos, y los rigores con que se queria tratar á sus principales partidarios. Finalmente, despues de haber prometido hacer cesar toda hostilidad en Irlanda, escribió por bajo mano á Ormond: «Obedeced en todo á mi mujer y en nada á mí, hasta que os haga saber que estoy libre de toda obligacion; no os inquietéis por mis concesiones sobre la Irlanda; no llegarán á efecto;» y el dia en que concedia por veinte años á las cámaras el mando de la fuerza armada, escribió á sir William Hopkins: «A decir la verdad, mi grande concesion de esta mañana solo ha sido hecha para facilitar mi evasion; sin esta esperanza jamás hubiera cedido; habria podido, despues de haberlo rehusado, volver á mi cautiverio sin mucha pena; pero confieso que al presente se me helaria el corazon; porque he hecho lo que solo mi evasion puede justificar.»

El parlamento, sospechaba sus perfidias sin acabar de comprenderlas